

LOS REFORMADORES

TODO reformador encuentra una inmediata y creciente resistencia de la institución o colectividad que trata de reformar; en tan sencilla ley histórica se resumen los afanes y muchas veces las desventuras que corresponden a esos españoles idealistas y beneméritos que pudieramos designar con una ampliación del título propuesto por la profesora Gómez Mollada para un conjunto de ellos: los reformadores de la España contemporánea. La presente transición, planteada entre reforma y ruptura, se inclinó providencialmente, gracias a la inequívoca decisión del pueblo español, por la reforma; esto es una reforma y tan seria que los antiguos adictos a la ruptura dicen que en cierto sentido se trata también de una ruptura. Excelente resultado para los estrategas de la ruptura, situados en los vértices del triángulo de la transición; cuyos nombres no hace falta expresar, porque están en la mente de todos. Pero además de ese triángulo director de la reforma han contribuido decisivamente a ella otros reformadores: algunos han sucumbido provisionalmente al terrible desgaste de un trabajo realizado en condiciones imposibles, como el breve equipo reformista que luchaba dentro del primer Gobierno de la Corona, según ha confirmado dramáticamente en su análisis uno de ellos, José María de Areilza. Entre los que siguen en la brecha, con sus objetivos perfectamente resumidos en la ley histórica citada al principio, habré de referirme en estos apuntes de imagen a los artífices de la reforma fiscal, Fuentes Quintana y Fernández Ordóñez, quien por cierto ha tenido la luminosa idea de brindarnos un estupendo estudio de conjunto, en dos tomos, con el título «Medidas urgentes de reforma fiscal». Tocaré también la trayectoria del reformador militar, general Gutiérrez Mellado, quien parece haber superado ya serenamente una difícil posición política; pero dentro del contexto reformador me interesa referirme hoy a un joven ministro no sólo poco conocido, sino absurdamente mal conocido, Enrique Sánchez de León, que ha tomado sobre sí la misión imposible —e ineludible— de la reforma sanitaria.

Por lo pronto su importantísimo decreto sobre elevación general de pensiones —el más amplio y generoso de toda la historia social española— está pasando sin tratamiento informativo adecuado, como si se tratase de una disposición de mero trámite; y ni siquiera su propio partido, la U. C. D., aprovecha tan estupendo re-

curso electoral. Tampoco se ha recaído de manera suficiente el logro de una aspiración por la que la Prensa y la oposición clamaba desde hace muchos años: la incorporación plena del presupuesto de la Seguridad Social (con el que se han cometido desaguisados históricos en épocas anteriores), a la luz y los taquigrafos, de los Presupuestos Generales del Estado.

La reforma sanitaria era ineludible. Durante el régimen anterior la acción sanitaria se centró en lo curativo; mientras la medicina preventiva, cuya importancia distingue a un país desarrollado, se atendía desde una Dirección General de Sanidad arrinconada en el Ministerio de la Gobernación; y cuya reconocida competencia se comprometía por una situación de indigencia presupuestaria. La red de hospitales, desigualmente repartida, se concentró en zonas urbanas, mientras zonas rurales extensísimas —conozco de cerca los casos sangrantes de Yecla y Caravaca— quedaban desatendidas. Los ambulatorios se masificaban. La comunicación médica se deshumanizaba. La asistencia farmacéutica —competentísima en lo profesional— sufría la interferencia de los grandes monopolios.

Un equipo ejemplar de políticos y técnicos, entre los que figuran, a veces con increíble sacrificio personal, grandes figuras de la medicina y la sanidad española, ha emprendido la reforma sanitaria y la tremenda gestión de la Seguridad Social a las órdenes de este ministro extremeño, uno de los hombres más experimentados, competentes y templados de la transición. No han faltado las resistencias pasivas, sobre todo, desde algunas corporaciones médicas, cuya reforma profunda se ha pedido, por ejemplo, desde un joven y poderoso sindicato libre que agrupa a 10.000 profesionales nada menos. Desde las zonas de resistencia, y con alevoso aprovechamiento de unas declaraciones del ministro tergiversadas y manipuladas, se ha montado una campaña que a sus propios fautores conviene olvidar cuanto antes; y que puede haber encontrado extrañas complicidades marginales en algún sector mínimo del propio partido del ministro de Sanidad. Hay, por supuesto, algún rasgo cómico, como cierto presunto subsecretario que se revuelve airado cuando se le ofrece un puesto importante, aunque menor, y luego orquesta una campaña regional especialmente virulenta.

Desde el punto de vista comunicativo, la hostilidad a la reforma sanitaria es un tema apasionante, sobre el que convendrá volver en su momento. Ahora me he limitado a señalar el problema dentro del contexto general de la reforma política y social española; y a subrayar los peligros de manipulación envueltos en una aparente y egoísta —por no decir caciquil— defensa de la profesionalidad. Cientos de veces ha demostrado este periodista su admiración y agradecimiento por la clase médica española, y no me estoy refiriendo a ella; pero deseo llamar la atención sobre cierta especie oculta de intocables —excepción en una comunidad médica ejemplar— que solamente invocan a la democracia cuando conviene a sus particularismos y sus privilegios. Y que enquistados en esos privilegios poseen una increíble capacidad de intriga y de tergiversación.—Ricardo de la CIERVA